

20088

LEYENDO UN LIBRO PORTUGUES

«Sob o signo da confusão» de Fernando de Aguiar

Lisboa, Sigma, 1948

POR

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

Catedrático en la Universidad de Salamanca



SEPARATA DA REVISTA

GIL VICENTE

—
GUIMARÃES—PORTUGAL

1949

Grandes Oficinas Gráficas «Minerva» de Gaspar Pinto de Sousa, Sucrs., Ltd.^a
Vila Nova de Famalicão — PORTUGAL

I

Parece signo evidente de los tiempos que corremos la inquietud angustiosa de los hombres. En la acción como en el pensamiento, todo son encrucijadas y afanes muertos en flor. La misma multiplicidad de posibilidades que el liberalismo decimonónico abrió a las preocupaciones vitales de cada individuo, se manifiesta en las perspectivas de las colectividades. Parece como si hubiera ya llegado la hora de apurar las más amargas heces del vino que emborrachó a tantos espíritus y armó tantos brazos en las contiendas partidistas de las tres generaciones anteriores. Todo es nebuloso e incierto, y muy pocos sabrían ser capaces de otear pasajes de claridad luminosa entre las nubes cargadas de amenazas negras que presiden el horizonte de nuestras miradas. Vivimos bajo el signo de la confusión...

Estas sugerencias me acosan en una tarde de noviembre desde la ventana de mi aposento salmantino. Las aristas espigadas de la catedral nueva cortan el fondo del firmamento y sobre occidente se clavan en el azul semiturbio del atardecer las espigas pétreas de San Esteban, joyel y hogar mayor de los dominicos castellanos. Las reposadas horas de la puesta del sol tienen aquí en Castilla un sabor agridulce de tristeza conformada; es un poco el desprenderse las almas de las cosas de los cuerpos de férrea contextura, llevándose prendidos en su marcha los rayos del sol que muere la fibra, tensa siempre de fanatismos austeros, con la que Castilla separó para sí la mitad del universo, allá en aquellos días en que la otra mitad del mundo caía bajo el cetro portugués.

El último libro que de Portugal me ha llegado trae en las alas blancas de sus páginas idéntica angustia a ésta que yo siento, ni más ni menos que las mariposas portan en sus alas opacas el polvo implapable que las da luminosidad de irisaciones. Y tiene un título que concuerda con su significado: *Sob o signo da confusão*. Y entraña un contenido

plenamente dispar. Porque si algún libro en nuestro tiempo ha sido compuesto con claridad lógica de ideas, es este libro de Fernando de Aguiar.

El proceso del pensamiento europeo desde ciento cincuenta años a esta parte es sencillamente el de la crisis de la idea de la libertad. No sé si estoy muy autorizado yo, aquí y ahora, para hablar con cabal cumplimiento del tema; mas me parece que, si algo hay seguro en la crisis amodorradora de hoy, es la asseveración de que todo cuanto sufre la civilización de Occidente proviene de una mala interpretación del concepto de la libertad.

La libertad que los patricios populacheros del 1789 consideran única es la libertad abstracta fabricada por los pensadores de la Enciclopedia. Obsérvese a lo largo del siglo XVIII una contrapuesta tendencia por parte de los historiadores y por parte de los filósofos. Los historiadores ahondan como hasta entonces jamás se hiciera, profundizando en el aquilataamiento de las fuentes, con voluntad tesonera que conquista notorios logros. Cualquier orden religiosa, cualquier ciudad, cualquier beato o venerable, encuentran una docena de depuradores de la historiografía barroca de la anterior centuria, afanosos en arrojar luz sobre los sucesos más nimios del pasado. Todavía es del siglo XVIII un libro insustituible para el investigador de cosas portuguesas: la *Biblioteca Lusitana* del abad Diogo Barbosa Machado, que habrá sido mejorado en cada una de sus páginas, pero que no ha sido superado aún en la grandeza del empeño ni en la paciencia con que el autor coleccionó datos yéndolos a beber en fuentes de la más diversa procedencia.

Los filósofos, por el contrario, se embriagan de abstracciones. Ya lo era en gran parte, y de ahí la enfermedad que roía de ineficacia tantos volúmenes de pesada lectura, la metafísica de la Escolástica postrenacentista y el nuevo jusnaturalismo de cuño protestante. Quiérese hacer con Benito Spinoza una entera filosofía «more mathematico», respondiendo a la llamada de Renato Descartes cuando pretendía reelaborar, con una previa duda también sólo «more mathematico» superada, la antigua visión escolástica del universo como armónico juego de las causas primeras y segundas. Por todas partes brotan los intentos de edificar catedrales de lógica sin cavar los cimientos en la realidad antropológica del yo ni atenerse a los contenidos de la historia. Incluso si se parte del yo, como lo hacía Descartes, es para desvalorizarlo y no para encajarlo en el contorno, para abstraerlo en lo abstracto de las dudas superadas y no para encadenarle al conjunto de las tramas sociales y de las corrientes históricas.

Los ensayos parciales de superar este abismo entre lo abstracto y lo concreto son contados. Suárez, águila entre gorriones, quiere llevar el universo a la escala de un grande cerro en cuya cumbre gigante convergiesen las dos vertientes de la metafísica y de la historia, unidas en la corona de un pedestal donde se elevase la estatua evangélica del Dios cristiano. Más cercano a lo histórico, o, si se quiere, más desprovisto de cargas metafísicas, Juan Bautista Vico busca las leyes del devenir y, una vez halladas, procura insertarlas en el mecanismo de la teología que hace del Dios cristiano la clave providente del giro universal de los «corsi e ricorsi». Todavía con mayor afincamiento en lo histórico, Herder acumula datos y elabora bocetos de perspectivas, con la callada pero segura ambición de aproximar lo abstracto a lo concreto.

Mas, de hecho, en el siglo XVIII no se recoge ni la vecina herencia de Vico o de Herder, ni la más remota de Francisco Suárez. Triunfa de lleno el abstraccionismo, avasallando las aportaciones concretas. Nada significa, por ejemplo, el intento de Voltaire de trazar un esquema crítico, — o, al uso de la época, filosóficamente planeado, — de la vida y costumbres de los hombres, a la vera de su aparato generalizador y sin perfiles de pueblo determinado o gente cierta. Con Kant la tendencia entra de lleno en la filosofía, ya que anuda lo cierto a un juicio personal sobre las apariencias fenoménicas de las cosas y refiere lo justo a una ley enraizada en la voluntad autónoma, esto es, en su sentir desligada de toda consideración extraña a la voluntad misma.

Con la revolución francesa triunfa el hombre abstracto en la política. La *Declaración de los derechos del hombre* se ha hecho justamente famosa por este título, con certero olvido de los derechos *del ciudadano*. Légselase para todo el orbe, tal como la filosofía era válida en todo tiempo y lugar. El único hombre que el legislador contempla es el «homo oecono-



micus», no el hombre histórico que es parte de un orden y componente de una jerarquía, que se integra en un pueblo y se siente portador de una tradición secular. Con la revolución francesa el mecanismo se hace la ley de las sociedades y acaba para siempre el sentido orgánico de las comunidades humanas.

Cabalmente en sustituir lo orgánico por lo mecánico es en lo que consiste la idea de la libertad de los teóricos del 89. Hay mucho más transfondo filosófico del que a primera vista parecen sugerir las apariencias, entre el mecanicismo de los revolucionarios galos y el «corpus mysticum» del organicismo espiritualista de Francisco Suárez. En las ataduras históricas del hombre pregrociano, en la entrañable inclusión de su horizonte vital en un entramado histórico, radicaba la superación de los equívocos que lleva dentro de sí el liberalismo moderno. En la historia del pensamiento, este último no viene a ser sino un camino a medio andar, el sendero truncado por donde se despeñó el afán ingenuo de los optimistas antropológicos del siglo XVIII; si el liberalismo no llega hasta el anarquismo, débese a la pareja inconsecuencia con que el pesimismo antropológico arraiga en el totalitarismo y no se desenvuelve hasta la tiranía. Y en ambos casos el yerro antropológico mana del olvido de la tradición y del menosprecio de la concreta realidad de la historia.

II

Un viaje inesperado me ha arrancado a mi Salamanca adoptiva y traído al solar extremeño de mi infancia y mi familia. Voy a concluir este artículo, por eso, en lugar y circunstancia muy diversos de donde lo empecé. Desde mi residencia salmantina era el huésped de un hotel cosmopolita, todo lo cosmopolita que cabe sea un hotel en Castilla; ahora aliento bajo los mismos muros que calentó el rescoldo afanoso de veinte generaciones cuya prolongación soy yo. Desde la ventana de mi cuarto de hotel veía un atardecer en donde el sol doraba torres de piedras áureas de siglos; ahora, la noche cae mansa al rumor chispeante de la leña que arde en la ancha chimenea, entre chasquidos de la madera enrojecida por el fuego y pábilos de ceniza volando entre las llamas. Allí, el calor del recuerdo de los artífices que labraron las piedras gloriosas de San Esteban o de las catedrales, tiene un frío de admiración racional que aquietta la emoción estética de la rememoranza; aquí no se trata de sugestiones admirativas hacia la grandeza de mi Universidad ilustre o delante del

goce luminoso de las piedras grabadas que rasgan el azul del cielo, sino de la íntima sazón con que llena el corazón la consciencia de una misión por los míos calladamente cumplida a lo largo de los siglos, siempre capitanes de pueblo e hidalgos campesinos que supieron ser ejes de estos mundos diminutos donde corrió mansa pero honda, sin estridencias de violentas pugnas, pero sí con trayectorias de continuidad imborrable, la infrahistoria diaria de cuantos se sucedieron, generación tras generación, en este rincón de Extremadura que linda con Andalucía.

Escribo así en un ambiente en cuyo contorno resulta mucho más fácil entender la noción del hombre concreto y el sentido de la tradición que importa. Todas las elucubraciones filosóficas de los geniales desarraigadores de hombres, del dubitativo Descartes, del jusnaturalista Grocio, del político Rousseau o del filósofo Kant, resúltanme aquí vacías de valores humanos, delante de esta chimenea que ha calentado los huesos de tantos « señores de pueblo », hidalgos de pejugal y perro cazador, quienes antes que yo cumplieron su destino de jefes naturales de una gente arisca y fiel.

En este ambiente estoy concluyendo de leer el libro magnífico de Fernando de Aguiar, y poco a poco, mitad por la lectura del libro y mitad por la transición que me traspasa el alma en este rincón olvidado de Extremadura, la confusión que es signo de la hora presente se va aclarando ante el encandilado ansiar de mis ojos devoradores de ese matiz impalpable que el contacto inexpressable del hombre muerto deja sobre la pátina de la superficie externa de los objetos.

Siéntome aquí con mayor arraigo que el del pasajero *nunc*. El *hic* vale en esta casa viejísima con valutación de *semper*. Más que un hombre aislado y más que un puro « homo oeconomicus », traído acá por el trajinar de los sucesos indiscretos, sé que soy eslabón de secular cadena. Ni siquiera mis ensueños de estudio, en mí, fundamentalmente hombre de estudio; ni los diez mil volúmenes de la biblioteca que en Madrid apesadumbra los estantes de mi casa de alquiler; ni el dulcísimo explicar cuestiones doctas exactamente en las mismas aulas en donde profesaron un Francisco de Vitoria o un Luis de León; ni mis gustos de viajero impenitente que supo pasear por la High Street oxoniense, merodear en los alrededores de la Unter den Linden bajo los tilos doctos de la primera « Universität » prusiana, o resbalar sobre la estrechez simbólica de las losas de la calzada romana de la « Vía Sacra » de los triunfadores, coronados de ramas de laurel; ni aún mi afán inquisitivo por asomarme a las gentes apartadas, que me forzó a leer a Lermontoff en ruso, a Kierkegaard

en danés o al *Cantar de los Cantares* en hebreo;... todos mis afanes peculiares son ceniza de llama transitoria ante la consciencia de responsabilidad sagrada que cobra en esta casona vieja mi condición de hidalgo, hijo de hidalgos que siglo tras siglo fueron los señores acatados por todos los habitantes de una aldea.

Aquí sé bien, por razones del corazón que valen más que las del cerebro, que el orden de los mundos por Dios establecido se extiende también a las comunidades políticas; y que sería errado suponer que sobre la mutabilidad de los avatares sociales no se derrama la claridad brillante del dedo de Dios, siempre señalando lumbres sobre la negrura del caos originario. Sin que supiera decir porqué, adquiero plena seguridad de mi destino, de un salto atrás me burlo de los presuntuosos liberadores del XVII y del XVIII, vuelo desde la turbamulta de los sistemas ideológicos a la sabia quietud de un rincón olvidado de Castilla, y aprendo la lección de las cosas con mengua de la lección sabida por lecturas de los libros. En el gran libro de la Tradición viva mueren ahora para mí tantas teorías brillantes, como esas mariposas que secan sus cuerpos al caer aprisionadas entre las hojas de un infolio.

Los argumentos bien traídos por Fernando de Aguiar desfilan ante mis ojos con rapidez cinematográfica, para ganar reciedumbre de verdad en la roca incommovible de serenidades sobre la que se edificó año tras año la precisa línea de deberes que mis mayores supieron bien cumplir. Allá fuera, en la Cocina Grande, esperan verme criados, pastores e gañanes que comen del pan de mi casa y que ganan hilos de continuidad en esta callada y sencilla tradición de aldea campesina.

La confusión que nos atenaza tiene aquí clara solución, conocida con razones pascalianas, agustinianas, que del pecho brotan. Si es cierto que vivimos «bajo el signo de la confusión», ya sé, por sentimiento interno y por lectura de este libro de un portugués hermano, que la Tradición enseña el desenlace del nudo de la angustia que parece ser característico de nuestro tiempo. Cual Angel Ganivet, quiero ya también corregir el dicho agustiniano y repetir con convicción hondísima el consejo genial del granadino misterioso: «Noli foras ire; in te ipsum redi; in interiore Hispaniae habitat veritas».